

## ***La Globalización y Latino América***

XIV Asamblea General del Consejo Empresarial de América Latina

Ciudad del México (México), 11 de septiembre del 2003.

Quiero, antes que nada, reiterar mi agradecimiento al Doctor Enrique Madero Bracho por la invitación para dirigirme a la XIV Asamblea Plenaria del Consejo Empresarial de América Latina.

Me congratulo con el Presidente del CEAL y los demás Consejeros aquí presentes por la determinación de mantener este foro como un importante espacio de debate sobre los rumbos de América Latina.

Me gustaría compartir con ustedes algunas reflexiones sobre la coyuntura regional y las posibilidades para una inserción competitiva de América Latina en una economía globalizada.

Para aquellos que se proponen acompañar la realidad latinoamericana e intervenir en ella como agente político u hombre de negocios, me parece que una regla básica es la disponibilidad para actualizar conceptos y percepciones.

No quiero con esto sugerir que América Latina ha evolucionado según modelos aleatorios, imprevisibles. Deseo apenas resaltar que vivimos en una región heterogénea, compleja, pero de gran dinamismo, que no puede ser comprendida según modelos estáticos, definitivos. Pronósticos apresurados sobre el futuro de la región suelen tener corto aliento.

Recuerdo que a fines de los años ochenta, después de la Caída del Muro, estuvo en boga la tesis de que Europa del Este pasaría a constituir un polo de atracción mayor de inversiones europeas y norteamericanas. En el supuesto de que el juego era de soma zero, esto implicaría privar a otras regiones, en particular a América Latina, de recursos indispensables para su desarrollo.

Algunos llegaron a ponderar que la región podría extraer beneficios de una situación de virtual aislamiento. Liberados de la camisa de fuerza impuesta por el maniqueísmo ideológico de la Guerra Fría, los países latinoamericanos ejercerían con más desenvoltura sus elecciones y, quién sabe, revalidarían opciones como la de un crecimiento autárquico, amparado en el mercado interno.

Nada de eso, como sabemos, se confirmó. Es así que, en la década de los noventa, América Latina creció a una media anual de 3.2%, un grado discreto en términos históricos, pero muy por arriba de la media de

crecimiento de la economía mundial, que fue de 2.4%, e incomparablemente superior al desempeño del Este europeo, que tuvo un crecimiento negativo de 3.6 al año.

La contribución aportada por las inversiones externas para el crecimiento de la región fue decisiva. Las inversiones directas líquidas pasaron de la franja de 9 mil millones de dólares en 1990 a 86 mil millones en 1999, lo que significa que la mitad del capital externo hasta hoy acumulado en la región fue invertido en los años noventa.

El caso brasileño es bastante sugestivo. Si hasta 1993, las inversiones extranjeras directas en el país no fueron más allá de la media observada en la década de los ochenta, la que sea, un poco por arriba de mil millones de dólares al año, tuvimos desde la estabilización de la moneda, en 1994, un incremento sin precedentes, que permitió alcanzar la media de 33 mil millones de dólares en 2000.

De 1996 a 2000, solamente China estuvo por arriba de Brasil , entre los países emergentes, como destinatario de inversiones directas. También es importante recordar que sesenta por ciento de las inversiones directas en América Latina se destinaron a la creación de nuevos activos.

Los programas nacionales de privatización absorbieron sólo cuarenta por ciento de los recursos. Otro dato relevante es que hubo una relativa descentralización geográfica de las inversiones. Si, de 1995 a 1999, el periodo de mayor inversión, Brasil (32%), México (17%), Argentina (15%) y Chile (8%) recibieron, en conjunto, dos tercios de las inversiones, fue promisoría la participación de los países centroamericanos, que llegaron a absorber 5.8 mil millones de dólares en 1998, lo que correspondió a 7.5% del total.

¿Cómo explicar ese desempeño notable de América Latina en la captación de inversiones externas en los años noventa, contrariando las voces de Casandra inmediatamente posterior a la Guerra Fría? ¿Qué ventajas regionales pasaron desapercibidas para los analistas, pero que fueron debidamente valoradas por los inversionistas?

Antes que nada, conviene recordar que no somos principiantes en la experiencia capitalista. Somos parte de Occidente, o, como acostumbro decir, considerando nuestras particularidades culturales, del Extremo Occidente, y, de esa forma, jamás nos faltó confianza en los valores y prácticas del mercado. Nuestros hombres de negocios, tan bien representados aquí, son desde siempre versados en los ritos del comercio y de las finanzas internacionales.

Nada les es extraño, de las lides aduanales y de transporte a las operaciones más sofisticadas de aplicación y compensación financiera, incluso por la existencia en algunos de nuestros países de sólidas estructuras bancarias.

No menos significativa es la base científica y tecnológica instrumentada a lo largo de las últimas décadas, habilitando las economías nacionales para absorber el progreso técnico y ponerlo al servicio del aumento de los niveles de productividad.

Sin mencionar el esfuerzo continuo de excelencia de los recursos humanos. Solamente Brasil gradúa más de seis mil doctores al año, nivel equivalente al alcanzado por países como Canadá, China e Italia. Recuerdo el ejemplo de la Empresa Brasileira de Pesquisa Agropecuária, (Empresa Brasileira de Investigación Agropecuaria) Embrapa, que mantiene en sus cuadros a más de mil doctores.

Fue en gran medida gracias a las innovaciones introducidas por ese capital humano que la producción agrícola brasileña pasó de 69 millones de toneladas de granos en la cosecha 1995/96 a más de 110 millones de toneladas en la cosecha más reciente, sin que hubiera aumento significativo del área plantada. El salto se debió básicamente al aumento de la productividad.

Otro factor que incrementó la riqueza de la región fue el éxito de los gobiernos al dar continuidad o implementar el ajuste de las economías nacionales. A los ejemplos pioneros de Chile y Bolivia todavía en los años ochenta, que fueron consolidados en la última década, se sumaron las experiencias exitosas de estabilización de Argentina, México, Brasil, Nicaragua y Perú.

Aunque Venezuela y Ecuador hayan concluido la década con inflación superior a 30% al año, no se puede negar que el balance del ajuste monetario en la región fue sobremano positivo. La tasa media de inflación cayó más de 1.000% en 1990 a 10% en los últimos tres años de la década. También hubo progreso en el campo fiscal.

Un paso fundamental fue la aprobación de instrumentos de responsabilidad fiscal alrededor del continente, como en Colombia (1996), Argentina (1999), Perú (1999) y Brasil (1999), que pasaron a balizar la actuación de los administradores públicos en los diferentes niveles de gobierno.

Esas leyes ayudaron a diseminar el principio básico de que los gastos públicos no deben exceder a los ingresos, rompiendo una tradición patrimonialista de desacuerdo con el Erario hace mucho consolidada en la región.

Y lo que es todavía más importante: prosperó el entendimiento de que la responsabilidad fiscal es condición para el planeamiento de políticas públicas sustentables y duraderas. Esto no disminuye la necesidad de una perfección continua de las políticas sociales.

Por el contrario, cuanto mejor sea el gasto social, más tiende a acatarse una gestión fiscal responsable. Por lo menos es el testimonio que puedo dar de la experiencia brasileña, que sé que encuentra paralelo con otros países de la región. No se escatimaron esfuerzos en los dos últimos gobiernos para optimizar los gastos sociales, lo que reclamó, por la limitación de recursos, priorizar la atención a los más necesitados, evitando el desperdicio y la malversación.

Bajo ese enfoque, fue instrumentada una verdadera red de protección social, que incluyó trece programas de transferencia directa de ingreso a los estratos menos favorecidos, de los pequeños agricultores a las víctimas de la sequía, de los niños a las mujeres embarazadas y con hijos lactantes, de las familias de bajo

ingreso a los ancianos.

En conjunto, los programas permitieron la transferencia a los grupos más vulnerables de cerca de 30 mil millones de reales (8.5 mil millones de dólares) por año, el equivalente a lo que el Tesoro brasileño recauda con el impuesto de ingreso de las personas físicas y de las empresas.

Los beneficios de la red son pagados, por medio de una tarjeta magnética, la Tarjeta del Ciudadano, a la propia madre de familia, eliminando la intermediación de políticos y burócratas. Se articuló una concertación sin precedentes entre el Poder Público y los estratos más humildes para superar el estigma de la indigencia, con ganancias considerables en prácticamente todos los indicadores sociales.

El porcentaje de pobres cayó del rango de 42% en 1990/94 a la media de 33% en 1995/2000, la más baja en toda la historia republicana. Esto significa que Brasil dejó de tener por lo menos 9 millones de personas que vivían por debajo de la línea de la pobreza. Hubo mejoría en la distribución del ingreso. Medida por el índice de Gini, la mejoría es discreta: de 0.603 en 1993 a 0.572 en 2001.

Si observamos el parámetro más confiable de la evolución del ingreso en decenas, el salto queda mejor evidenciado: mientras el ingreso del 10% de los más ricos aumentó 13% de 1993 a 2001, el del 20% de los más pobres creció 63%. Mucho contribuyó a la reducción de la pobreza y diseminación del ingreso el aumento del valor real del salario mínimo. De 1994 a 2001, el salario mínimo aumentó 27% en términos reales y se duplicó con relación al costo de la canasta básica, aproximándose a los niveles más altos, desde su creación, en 1940.

Los avances en educación y salud también privilegiaron a los estratos de más bajo ingreso. La escolarización de los niños de 7 a 14 años aumentó de 87% en 1994 a 96% en 2000, haciendo de la enseñanza básica la primera política social de alcance efectivamente universal en el país. Entre los niños del 20% de los más pobres, la escolarización creció de 75% en 1992 a 93% en 1999; entre los negros, el avance fue de 79 a 93%.

La mortalidad infantil bajó de 40.5 por mil en 1993 a 26.6 por mil en 2000, con bajas más acentuadas en las regiones más pobres del país. La asistencia médica a los hogares brasileños asegurada por el Programa Salud Familia pasó a contemplar 55 millones de personas (contra 1,1 millón en 94), exactamente el tercio más carente de la población.

En fin, Brasil dio grandes pasos rumbo a la meta de universalización de los servicios sociales, hace mucho alcanzada por algunos de nuestros vecinos, como Uruguay y Argentina. Contribuimos a elevar los indicadores sociales de la región como un todo y tal vez hayamos señalado métodos, como la descentralización de tareas y la focalización de gastos – sin perder de vista el objetivo de la universalización –, para una reducción continua de los niveles de indigencia.

Creo haber sugerido algunas de las razones que hicieron de América Latina un destino privilegiado de las

inversiones europeas y norteamericanas en los años noventa: confianza histórica en las prácticas de mercado, calidad empresarial, desarrollo científico y tecnológico, competencia política, éxito de los programas de estabilización, consistencia de las políticas públicas.

Otros factores podrían recordarse: la emergencia de España y Portugal como inversionistas importantes, las posibilidades de incremento en las exportaciones abiertas por el Nafta y la ampliación de escala asegurada por la profundización del Mercosur (que permitió la expansión de las inversiones externas en los cuatro países del bloque, de la franja de 3.7 mil millones de dólares en 1993 a 30 mil millones en 2000).

Pero quizá sea el momento de recordar que, a pesar del arranque realmente significativo y regular de inversiones directas, el flujo de capitales para la región no se mantuvo constante a lo largo de la década.

En por lo menos dos ocasiones, hubo retracción de los créditos bancarios, caída de las emisiones de bonos y retraimiento en la colocación de títulos de depósitos en el mercado norteamericano (ADRs), para no hablar de lo que quizá sea lo más importante, la fuga del capital de corto plazo.

Me refiero a las crisis financieras de 1994/1995 y 1998/1999, que tuvieron, como se sabe, efectos en extremo negativos sobre la economía regional, provocando el aumento de las tasas de interés, la expansión de los costos de producción, la desaceleración del crecimiento, la caída de los niveles de ingreso y empleo.

En otras palabras, se quedó marcada la exposición de las economías latinoamericanas al estado de ánimo errático del mercado financiero. ¿Cómo hacer frente a ese desafío? Dos estrategias me vienen a la mente. La primera implica concertación diplomática. Tengo presente el debate por la actualización de la arquitectura financiera internacional, habilitarla para conferir mayor racionalidad y previsión a los flujos internacionales de capital.

Y para capacitar los órganos de Bretton Woods, en particular el Fondo Monetario Internacional, para dar mejor protección a los países que se vean en dificultades coyunturales debido a las agresiones especulativas.

Como Presidente de Brasil, fui particularmente enfático en la defensa del aumento de los derechos especiales de giro del FMI. Para aquellos de corta memoria, la propuesta tal vez haya parecido una construcción en el vacío, o incluso una anatema.

Pero no es difícil recordar que fue en torno a la autonomía del Fondo y de las reservas de que disponía que divergieron las dos principales personalidades detrás de la creación del FMI y del sistema de Bretton Woods como un todo, el inglés John Maynard Keynes y el norteamericano Harry Dexter White.

Contrario a lo que se suele propagar, Keynes y White convergieron en prácticamente todos los fundamentos de las negociaciones de Bretton Woods. Concordaban en que la economía mundial debería ser orientada por lo que llamaban competición cooperativa entre las naciones y no por las políticas autárquicas y

hegemónicas que habían convulsionado los años que sucedieron a la Primera Gran Guerra.

Tampoco había divergencia entre Keynes y White en cuanto a la necesidad de que alguna “medida inteligente de control”, según palabras del economista norteamericano, fuese establecida para regular los flujos de capital. Esa propuesta daría como resultado el artículo VI del acuerdo de creación del Fondo, que, aunque poco utilizado, prevé la posibilidad de que el FMI solicite a un Estado Miembro el ejercicio de controles para evitar una fuga excesiva de capital y el consecuente recurso a las reservas de la organización.

En la cuestión donde se observó discordancia, Harry White, o su país, sacó lo mejor. Keynes esperaba que el FMI constituyera un verdadero banco central internacional, que sirviera de contrapunto al poder económico norteamericano, reuniendo, entre otras atribuciones, la de regular el volumen de los flujos de crédito y su distribución. Para Keynes, el Fondo debería estar habilitado para crear su propio instrumento de crédito, que supliría las reservas en dólares.

Ya White veía el FMI como una institución destinada a asegurar el crecimiento equilibrado del comercio mundial, de manera tal, que preservase el papel central del dólar en las finanzas internacionales. De esa forma, consideraba impropia la idea de que el Fondo dispusiera de un instrumento propio de crédito. Y fue así como se creó la institución, anclada únicamente al dólar.

Sólo que White percibió en seguida que la estabilidad del dólar quedaría en riesgo con el aumento que se anunciaba vertiginoso del comercio mundial y la necesidad de una expansión equivalente a las reservas internacionales. White pasó a defender la posición de Keynes, llegando a proponer la revisión de los estatutos del Fondo, de modo que se permitiera la creación de reservas propias.

La propuesta no triunfó. Solamente dos décadas después sería acatada una enmienda, introduciendo la figura de los derechos especiales de giro, aunque en volumen bastante limitado. Hago esta digresión histórica para indicar que la esperada actualización del Fondo Monetario Internacional representaría, en gran medida, la recuperación de su propósito original de garante de la estabilidad financiera de la economía mundial.

Para tal, podrían concurrir otras propuestas que Brasil y otros países han presentado, como la de una mayor equivalencia de los criterios de contabilidad de deudas de los países desarrollados y de aquéllos en desarrollo. Contabilizar como pasivo los empréstitos de empresas estatales de los países emergentes, como lo hace el Fondo, significa reducir la capacidad de esos países de negociar nuevos aportes y financiar mejor su desarrollo. También es hora de redimensionar el portafolio del Banco Mundial.

Es injustificable que los recursos a disposición de aquel Banco para inversión en las diferentes regiones del mundo sean inferiores al valor movilizado cada año por el banco brasileño de fomento al desarrollo, el BNDES. Dicho esto, no se puede ignorar que la estrategia de actualización del sistema de Bretton Woods, si prospera, tendrá un tiempo elástico de maduración, por la necesidad de hacer un ajuste negociado de

voluntades soberanas, como toda gran empresa diplomática.

En otras palabras, no es algo para mañana, malgrado las expectativas producidas por la exitosa Conferencia de Monterrey. De esa forma, es conveniente que se persiga la reducción de la vulnerabilidad externa, también mediante políticas domésticas. No necesito insistir en cuanto a la importancia de mantener la estabilidad monetaria y un avance continuo en la cuestión fiscal.

Cuanto menor sea la capacidad de los Tesoros de movilizar recursos para la contención de las crisis, mayor será el impacto sobre las economías regionales de las oscilaciones del mercado, incluso por la tendencia en esos momentos de sobredimensionar la fragilidad de los indicadores nacionales. También se afectan las oportunidades de captación de nuevos empréstitos en el mercado financiero internacional.

De ahí la relevancia de la proyección divulgada hace poco por el Banco Mundial de que el déficit fiscal público de la región, debido a las medidas adoptadas en los últimos años, cayera a un grado medio de 1% en 2004, contra la media de 3% durante los años 90.

Lo ideal es que se llegue a disponer de una base fiscal lo suficientemente sólida que permita no sólo reaccionar a las agresiones, sino la adopción de políticas anticíclicas, que dejen a los países menos sujetos al arbitrio del capital especulativo y creen un colchón de protección a las capas más vulnerables de la población.

Chile es un ejemplo de cómo la solidez fiscal puede producir buenos frutos en momentos de inestabilidad del mercado. Prácticamente mantuvo el ritmo de crecimiento y las condiciones de acceso al mercado externo. También a Brasil le fue posible, por la correcta administración monetaria y fiscal de las crisis, preservar la credibilidad externa. Incluso en el año del asalto especulativo al Real, el país tuvo un crecimiento positivo y vio progresar los indicadores sociales. Si nuestros países se resguardan con prudencia de nuevos momentos de inestabilidad, el futuro inmediato no parece sombrío.

El FMI y el Banco Mundial coinciden en prever que la tasa de crecimiento de la economía norteamericana será superior a 2% en 2003 y arriba de 3% en 2004, aunque a costa de un déficit fiscal creciente (3.2% del PIB en el primer trimestre de este año, contra un superávit de 2.3% del PIB en 2000).

Ese crecimiento, si se confirma, tendrá, obviamente, efectos saludables sobre la economía europea, que tiende a crecer arriba de 1.5% en 2004 (contra 0.7% de este año), y sobre la japonesa, que debe expandirse 1.3% en 2004 (contra 0.8% en 2003) no obstante la deflación. Pero los pronósticos más optimistas del Banco Mundial son para el Este Asiático, con un crecimiento previsto de 6.7% en 2004, y para América Latina, que debe crecer alrededor de 3.7% el próximo año.

La región está, de hecho, preparada para usufructuar de la reactivación de las economías centrales. Basta recordar el desempeño de su comercio exterior a lo largo de la última década, cuando, a pesar de la retracción de las economías norteamericana y europea, las exportaciones latinoamericanas crecieron a una

tasa media de 8.7%.

El caso brasileño, por la magnitud de los números, merece consignarse. Por la solidez de los indicadores macroeconómicos y por la adopción de políticas sectoriales para mejorar la calidad, incorporación tecnológica, concepción de proyectos, marketing y canales de distribución de nuestros productos, fue posible aumentar las exportaciones brasileñas de un total de 47.7 mil millones de dólares en 1996 a más de 57 mil millones en 2002.

El resultado fue un saldo superior a 13 mil millones de dólares el año pasado, contra un saldo negativo de 5.6 mil millones en 1996. Los productos manufacturados volvieron a responder por casi dos tercios de la pauta de exportación, con una presencia acentuada de ítems de alto valor agregado. Al persistir en ese rumbo, como estamos persistiendo, las ganancias serán seguras.

Recurriendo a los datos presentados en reciente Cumbre Iberoamericana, recuerdo que, en los años noventa, los países que aumentaron su comercio exterior lograron crecer a una tasa media de 5% anual, al paso que los países que no incrementaron sus intercambios tuvieron un crecimiento negativo medio de 1%.

En la misma medida, las proyecciones indican que la liberación multilateral del comercio aseguraría, en América Latina y el Caribe, hasta 2015, que el número de personas que viven con menos de dos dólares al día bajaría en 40 millones, el doble de lo que resultaría sin el esfuerzo liberalizador.

Son números por demás elocuentes para que se insista en una inserción competitiva del país en la economía internacional. Esto pasa por la profundización continua del Mercosur, que ya presenta un extraordinario balance de conquistas. Desconozco otra concertación regional que haya contribuido tanto, en tan poco tiempo, a la compactación de los vínculos entre las Partes y de éstas con el mundo.

El Mercosur es un buen ejemplo del llamado regionalismo abierto, donde el fortalecimiento interno se da paso a paso con una relación más intensa con terceros países. Las cifras hablan por sí mismas. En 1991, cuando se firmó el Tratado de Asunción, el comercio entre las Partes era del orden de 5 mil millones de dólares. Nueve años después, en 2000, los intercambios internos alcanzaron el grado de 18 mil millones de dólares. En ese periodo, de 1991 a 2000, los intercambios del bloque con el resto del mundo aumentaron en más de 60%, de 41 a 67 mil millones de dólares.

Es verdad que la coyuntura desfavorable en algunos países miembros en los últimos años tuvo impacto sobre los niveles de comercio. Los intercambios internos bajaron en 2001, con el comercio entre Brasil y Argentina sufriendo una retracción de aproximadamente 60%. Pero es totalmente impropio hablar de retroceso. El Mercosur está incorporado a los compromisos de Brasil, Argentina, Uruguay y Paraguay.

Dejó de ser un proyecto de Gobiernos para constituir un proyecto de las sociedades nacionales. Empresarios, trabajadores, políticos e intelectuales de los cuatro países ya definieron canales propios de interlocución y han contribuido a la realización de objetivos comunes. Lo importante es que se sepa

identificar el potencial de renovación que viene insertado en los momentos de crisis.

La evolución política en Argentina, por ejemplo, con la ruptura de la paridad, favoreció el proceso de convergencia macroeconómica, atenuando la discrepancia entre los modelos cambiarios de nuestros países. El terreno fue allanado para una aproximación mayor de los indicadores nacionales. Ya disponemos de estadísticas comunes.

Ahora se impone la definición de criterios de convergencia de metas que sean compatibles con la perspectiva de un mercado común. También ya existen las condiciones para una integración cada vez mayor de las cadenas productivas. Para no mencionar el consenso con relación a la importancia de una mayor institucionalización.

Por la profundización de las discusiones sobre el tema en el segundo semestre de 2002, cuando Brasil volvió a ejercer la presidencia pro tempore del bloque, es hora de buscar la creación de una Secretaría Técnica y el perfeccionamiento de los mecanismos de solución de controversias. Son pasos de gran importancia para una fluidez aún mayor del proceso de integración. No se puede hablar del Mercosur sin valorar su poder de irradiación. No me refiero solamente a la incorporación hace mucho formalizada de Chile y de Bolivia como Miembros asociados.

O del acuerdo-cuadro firmado durante mi Gobierno con la Comunidad Andina con miras a la creación en un futuro próximo de un área común de libre comercio. Pienso, sobre todo, en la iniciativa de transformar América del Sur en un espacio económico coheso e integrado, que fue formalizada en el primer encuentro de presidentes suramericanos de la historia, realizado en Brasil en 2000.

En esa ocasión se proyectó un gran esfuerzo de integración en transporte, energía y comunicaciones, con el apoyo del Banco Interamericano de Desarrollo, de la Corporación Andina de Fomento y del Fondo Financiero para el Desarrollo de la Cuenca del Plata (FONPLATA).

Una referencia importante para ese proyecto fue el eje de integración y desarrollo Puebla-Canal de Panamá. La base para la integración continental en infraestructura ya existe, como sugieren los proyectos incluyendo Brasil. De la Rodovía del Mercosur a la BR-174 que une Manaus a la frontera con Venezuela, pasando por la apertura de líneas con Perú y la ampliación de las ya existentes con Bolivia, es cada día más densa la articulación viaria de Brasil con los países vecinos.

Se hace realidad – y en varios frentes – el sueño de unión por tierra entre el Atlántico Sur y el Pacífico. No menos significativo fue el avance en la integración energética. Si hasta hace poco las relaciones de Brasil con su entorno se resumían a Itaipú y a la importación de petróleo de Argentina, la red es hoy mucho más amplia. Brasil aseguró la provisión adicional de energía eléctrica a la región Norte desde Venezuela, con la construcción de 676 kilómetros de líneas de transmisión.

Pasamos a importar petróleo de Venezuela y aumentamos las compras de Argentina, reduciendo la

dependencia del país de fuentes extra continentales. Construimos el gasoducto Brasil-Bolivia, que ya está trabajando para alimentar plantas termoeléctricas en diversos Estados brasileños. En el campo de las comunicaciones, la puesta en operación del Sistema de Vigilancia de la Amazonia, protegido por tecnología de punta, abre amplias posibilidades a la cooperación continental.

Es relevante no sólo para el combate al tráfico de estupefacientes y crímenes conexos, sino también para el planeamiento ambiental y económico. Si la concertación continental ya es una realidad en construcción, tampoco soy pesimista en cuanto a las oportunidades de una integración hemisférica. Es solamente necesario que los principales actores estén conscientes de que ningún proyecto de integración puede ser duradero si no hay ganancias generales y equitativas.

Presenté en Quebec algunas de las expectativas de la sociedad brasileña en cuanto a los objetivos mayores de un acuerdo hemisférico. Dije que el ALCA será deseable si faculta el acceso a los mercados más dinámicos. Si fuere el camino para reglas comunes sobre antidoping. Si se reducen las barreras arancelarias. Si se evita la distorsión proteccionista de las reglas sanitarias. Si, al proteger la propiedad intelectual, promueve, al mismo tiempo, la capacidad tecnológica de nuestros países. Si contribuye a la corrección de las asimetrías hace mucho cristalizadas en el área agrícola.

Las mismas expectativas me parecen válidas para los tratados con la Unión Europea y para la nueva ronda de negociaciones de la OMC. Son tableros de negociación igualmente difíciles y que se vuelven todavía más complejos para economías diversificadas como la brasileña, con intereses concretos en prácticamente todas las áreas del comercio, empezando por la agricultura. Es desalentadora, a ese respecto, la posición minimalista asumida hace poco en Cancún por Estados Unidos y la Unión Europea sobre la pauta agrícola de la ronda de la OMC.

Pero, no obstante los obstáculos a lo largo del proceso, no hay más camino que la negociación. He afirmado que la soberanía no existe para ser proclamada, sino para ser ejercitada, con naturalidad, firmeza y persistencia. Ya pasó el tiempo de la búsqueda de la autonomía por el distanciamiento. Hoy la dirección es la autonomía por la integración con el mundo en términos compatibles con intereses nacionales democráticamente definidos.

Por mucho tiempo intentamos definir nuestra identidad por la sustracción de cualquier ingrediente externo. Éramos negando lo diferente. Hoy somos compartiendo con el mundo. Es una identidad transitiva, que algunos incluso la llaman nómada, por la capacidad de asumir incesantemente el punto de vista del otro. Nada más contrario al espíritu regional que los exclusivismos o asociaciones privilegiadas. Preferimos la geografía de las geometrías variables.

Nuestro diálogo con Estados Unidos no nos distancia de Europa o de nuestros socios asiáticos. Y mucho menos de la coexistencia cada día más intensa con nuestro entorno. Es la condición latinoamericana que alimenta, por ser plural, nuestro universalismo. Que América Latina prospere siempre más, en diálogo con el mundo.

Muchas gracias.